

do largo tiempo de vosotros; no puede vivir en compañía de nadie: siempre riñe; no sabe unirse á nadie; corre de mujer en mujer rindiendo sus homenajes por pura vanidad: se rie de la fidelidad conyugal, de la abnegacion, de la amistad, y trata de exaltacion p óxima á la locura, ó á la simplicidad, esos ejemplos de virtud que contribuyen tan poderosamente á la felicidad de la vida. Para rechazar cuantos sofismas os presente un hombre de estos, bastará que le manifesteis de qué socorros y de qué goces se priva rechazando la amistad, y qué disgustos y qué penas se prepara por su inconstancia y su humor difícil.

Es preciso esforzarse en moderar la disposici6n contraria, porque como todos los excesos es dañoso. Aquel á quien domina una afeccionatividad muy viva, si algunas veces experimenta goces indescriptibles, encuentra muchas causas de pesar; la privacion del ser á quien ama es insoportable para él, y le hace desgraciado; la menor palabra de parte de la persona querida que, solo en apariencia, hiera el sentimiento de afeccion, es una puñalada; la menor accion, un suplicio. Si la indiferencia parece ser una condicion de longevidad, nada abrevia tanto la existencia como los sufrimientos del corazon, como las heridas hechas á las afecciones; trastornan todas las funciones en aquel que no tiene bastante fuerza de alma para resistir; agitan la circulacion de la sangre y producen las enfermedades del corazon, é impiden, por último, los trabajos intelectuales turbando la razon. La fisiologia manda al hombre elevarse por la inteligencia y la voluntad sobre este imperio anárquico de las afecciones, y el mejor medio de conseguirlo es dirigirse á las facultades que, lejos de favorecer las de la reunion, como la amatividad, la benevolencia etc, se oponen á ella, como las del 6rden, de la observacion de los hechos y su clasificacion, la circunspeccion, las matemáticas y la reflexion.

HABITATIVIDAD.

Respecto al *amor de los lugares* es, como hemos dicho ya, la causa de esa enfermedad lenta y cruel que se llama *nostalgia*. Si esta facultad es débil, el hombre es cosmopolita, no tiene afecto al sitio que le vió nacer, se separa fácilmente de todas sus costumbres, ó mas bien no las contrae, y no concede nada al dulce placer de volver á ver el pais de su infancia. Si existe en sus justos limites,

el hombre tiene afecto á sus hogares; se complace en permanecer en ellos, en embellecerlos, y los une á sus recuerdos; siempre está pronto á defender su país, si un enemigo le amenaza, y el amor de la patria, que le anima, le hace muchas veces un héroe. Pero en aquel en quien está afeccion toma mucho imperio es desgraciado al menor cambio, y se une de tal modo al lugar que habita y á los objetos que le rodean, que no sabría separarse sin hacerse violencia, y pone así una barrera voluntaria al desarrollo de sus facultades, las que no encuentran sitio donde colocarse en relacion con sus estimulantes.

Esta sencilla esposicion basta para hacer conocer los desastrosos efectos, así de la falta como del exceso de la habitatividad, y para hacer adoptar un plan de educacion en armonia con cada organizacion.

AMOR DE LA VIDA.

Terminaremos la serie de las afecciones instintivas por el *amor de la vida*. Que el órgano cerebral sea ó no conocido; que se pronuncie en tal ó cual region del cráneo, poco nos importa: nos basta demostrar que entre los hombres, é independientemente de las circunstancias que de ordinario nos hacen la vida agradable ó penosa, los unos le tienen muy débil, á pesar de las mas favorables condiciones de la existencia, mientras que otros sumergidos en la mas espantosa miseria se unen de tal modo á la vida que la sola idea de la muerte les hace palidecer de espanto, ó los encoleriza, segun el carácter individual.

Cuando esta necesidad instintiva está muy pronunciada, el hombre no puede mirar la muerte y parece pusilánime: teme siempre su último momento y no quiere que se le hable de él. Si es un rey, cambiará de palacio; si retumba el trueno, se creará víctima del primer rayo; si aflige una calamidad pública al pueblo, se creará el primer invadido; si está enfermo, creará irremediable su muerte, y cuando esté cercana su última hora esclamará con rabia: no, no quiero morir.

Los actos que inspira un espanto de esta naturaleza serán indignos de una inteligencia clara, muchas veces contrarios á todos los sentimientos elevados, y respirarán el mas bajo egoismo. Puesto que se debe morir un día, el hombre debe mirar su fin con sangre fria, y ejercer hasta el último momento las bellas facultades de que

está dotado: debe amar la vida, no por ella, sino por su noble objeto, por el cumplimiento del destino que le impone su organizacion. Combatiendo este miedo de la muerte con la pintura espantosa de la muerte misma, no se hará mas que agravar el mal. Debe combatirse con palabras dulces y sembrando de rosas los últimos pasos del hombre, enseñándole con ejemplos que aquel que deja la vida, no con disgustos, ni con una fastuosa demostración de valor, sino con resignacion y serenidad, es aun feliz sobre el suelo de su tumba, y que hay en este fin una especie de perfume de dulzura, que derrama en los que son testigos un sentimiento de calma y de paz profunda.

En cuanto al hombre en que el amor de la vida está poco pronunciado, indiferente á la existencia, se separa de ella facilmente, deteniéndose poco en los goces que procura; no es sensible mas que á los disgustos que ocasiona, y ve en la muerte mas bien que mal: pesa lo uno y lo otro, y encontrando la proporcion del bien muy débil en la balanza, concluye toda esperanza de ser feliz, y pidiendo á otro mundo y á otra existencia lo que le ha faltado en esta, lleva la mano al organismo y le destruye.

Aquí, pues, se presenta la cuestion del *suicidio*, y se nos permitirá que nos detengamos en ella, ya que por desgracia es tan frecuente en nuestros días.

Para conocer y juzgar el suicidio, bajo nuestro punto de vista, estudiemos, signiendo el método de las ciencias naturales, las circunstancias de su existencia, y despues las que se unen á la organizacion, despues las que están fuera de ella, que le rodean y obran sobre la misma.

Entre estas diferentes causas, las unas son de hecho independientes del hombre, y las otras están sometidas á su voluntad, y el conocimiento exacto de las unas y de las otras nos conducirá al del grado de moralidad ó inmoralidad del suicida.

CIRCUNSTANCIAS INDEPENDIENTES DEL INDIVIDUO.

1.º—*La organizacion.* Segun gran número de datos estadísticos resulta que la organizacion cerebral está muy lejos de ser uniforme en los suicidas. Sin embargo, las particularidades que se encuentran á menudo son un desarrollo débil del amor de la vida y de la esperanza, unido á una gran fuerza de destruccion, de valor, de firmeza, de circunspeccion y de amor propio.

Ya veremos despues que esto no puede aplicarse mas que al suicida que premedita, en tanto que el suicida que podemos llamar accidental nos presenta algunas veces disposiciones opuestas.

La disposicion orgánica heredada, tiene en esto una influencia que no puede negarse, porque hay varias familias en las que el suicidio es hereditario.

2.º—*El sexo.* Se observa mayor número de suicidas entre los hombres que entre las mujeres, la proporcion de los primeros con los segundos, viene á ser como tres á uno.

3.º—*La edad.* Segun las investigaciones estadisticas mas exactas, parece que entre los veinte y sesenta años de edad hay el mayor número de suicidas; pero no presentamos esto como dato exacto.

4.º—*El estado de salud ó enfermedad.* Esta circunstancia es en extremo influyente, porque una porcion de suicidios reconocen por causa, ya una enagenación mental, un delirio agudo, ú otra enfermedad cerebral; ó bien la afeccion de otro órgano y principalmente las flegmasias ó inflamaciones crónicas de los órganos digestivos, del higado, de la vegiga, ó los cánceres etc.

5.º—*El pais y los climas.* En general los suicidios son mas frecuentes en los climas frios que en los cálidos. Una cosa hay notable y es que á medida que nos vamos aproximando á las grandes ciudades va siendo mayor la proporcion de los suicidios. Segun nuestras observaciones particulares, estamos casi por creer que el mayor número de los suicidios en el Norte es de la clase de los premeditados ó por depresion moral; en tanto que los accidentales, ó por exaltacion, constituirán la mayoria en los paises meridionales.

6.º—*Las estaciones.* Quizas sean las causas mas influyentes. Segun los datos recogidos parece que en primavera y en estio es cuando hay mas suicidios, y menos en el otoño. Estas relaciones son por otra parte las mismas que encontramos en el desarrollo de las enagenaciones mentales; pero la cuestion no se decidirá enteramente hasta que la estadistica relativa á las estaciones se aplique, no solo á los suicidios en general, sino particularmente á los de las dos especies; es decir, accidentales y meditados.

7.º—*Epocas históricas.* La historia nos presenta épocas que se han distinguido por la mania del suicidio. Sin detenernos en las narraciones mas ó menos auténticas de la historia de las hijas de Millet, que, segun dice Plutarco, dispusieron ahorcarse, durante un cierto tiempo, las mujeres de Lyon, si creemos á Primerose, se precipi-

taban en el Ródano, y las jóvenes de Marsella, según la relación de otro historialor, dieron en suicidarse á causa de la inconstancia de sus amantes. Nosotros hemos observado que, sea por la influencia de las grandes circunstancias políticas, ó de las revoluciones sociales, ó religiosas, se ve en ciertas épocas multiplicarse el suicidio de un modo espantoso. No olvidemos que la influencia de la imitación y del fanatismo entra por mucho en esto.

Tales son las causas que obran independientemente de la voluntad del individuo. Veamos ahora las voluntarias.

CAUSAS VOLUNTARIAS.

1.º—*Profesion, ignorancia ó instruccion.* Según todas las observaciones, resulta que la profesion donde se cuenta menor número de suicidios es la de labrador, en tanto que la de las letras cuenta el mayor número.

2.º—*Miseria.* Esta es otra causa que tiene una gran influencia, y sabemos que es la que produce en general la mayor mortalidad.

3.º—*Pérdidas de fortuna.* A una sétima parte se eleva la cifra de los suicidios por esta causa.

4.º—*Pasion del juego.* El 33 por 100 de los suicidios son producidos por esta pasion.

5.º—*Amores desgraciados, zelos.* Un número considerable de suicidios reconocen el amor desgraciado, ó los zelos, como causa.

6.º—*Disgustos domésticos.* Una novena parte de los suicidios tienen por origen esta causa.

7.º—*Disgustos por consecuencia de calumnias, de amor propio herido, de ambicion destruida, etc.* Un 17 por 100 de los suicidios son producto de estos hechos.

8.º—*Remordimientos.* A 13 por 100 suben los suicidios por los remordimientos.

9.º—*Fanatismo, exaltacion religiosa ó politica, imitacion.* El 66 por 100 de los suicidios son producto de las causas enunciadas.

Reasumamos estos hechos y razonemos.

Las causas independientes del individuo ¿pueden por si solas determinar el suicidio? No, escepto en el estado de enfermedad aguda, en cuyo único caso tenemos el tipo del suicidio accidental, que es preciso aceptar como un hecho fatal y fuera del alcance de nuestra influencia. Estas causas no deben considerarse en su mayor parte

mas que como predisponentes, y por consecuencia podemos obrar sobre ellas por una educacion bien dirigida.

En efecto, estas circunstancias predisponentes esperan la accion de otras, sobre las cuales ejercemos nosotros un dominio mas ó menos fuerte.

Si queremos disminuir el número de los suicidios, debemos buscar el medio de combatir sucesivamente todas las causas que hemos enumerado. Desde luego, por una especie de cruzamiento de razas, nos esforzaremos en destruir las disposiciones hereditarias que resultan de la organizacion cerebral, trasmitidas de padres á hijos; despues trataremos de destruir esas enfermedades crónicas que, por la melancolia que engendran, nos conducen á destruirnos, ó impediremos las inflamaciones agudas, que en los momentos de delirio nos precipitan á la destruccion de nosotros mismos.

En todos casos sabremos que nuestra empresa será tanto mas difícil cuando tratemos con hombres que con mujeres, en paises frios mas que en los cálidos, y en la primavera y el estío mas que en el otoño.

Por otra parte, pues que las causas voluntarias se presentan, segun su frecuencia, en el orden siguiente: miseria, disgustos domésticos, pérdidas de fortuna, ambicion destruida, amor desgraciado, remordimientos, pasion del juego, fanatismo religioso ó politico, buscaremos el medio de aliviar la pobreza del pueblo, y sobre todo la miseria de las clases industriales. Una educacion moral accesible á todos, una vida conforme á las leyes fisiológicas, separarán una infinidad de causas de suicidio, y pondrán al hombre mas alto que los disgustos causados por la calumnia, la envidia, el amor propio herido y la ambicion destruida; y por cima tambien de la pérdida de fortuna, y alejarán el fanatismo de que hemos hablado, y el deplorable influjo de la imitacion.

Si acaso, á pesar de nuestras instrucciones, el hombre concibiera aun la idea del suicidio, que ose abordar francamente la cuestion, y que se pregunte si alguna vez el suicidio puede ser la satisfaccion normal de una necesidad fisiológica.

¿Qué es el suicidio con todas las circunstancias que le disponen y determinan? ¿Es acaso la satisfaccion de una necesidad fisiológica? ¿Y cuál será esta necesidad de destruirnos? No la conocemos. Acordémonos que el hombre se mata, por una determinacion repentina, en un momento de cólera, de desesperacion ó de locura, ó bien despues de haberlo pensado largo tiempo, y haber pesado el pró y

el contra: que hay en fin, un suicidio accidental y otro meditado.

El suicidio accidental del hombre delirante, ó loco, es un hecho sin valor moral; pero aquel que, aunque accidental, se comete por un hombre apasionado, pero no enfermo, lleva en sí una responsabilidad. Es condenable porque, no pudiendo destruirse su efecto, una vez verificado, aun cuando el hombre se haya engañado, ó inducido á error por apariencias engañosas, se priva del poder de reparar el mal. Su principal falta consiste en la precipitacion, porque el hombre siempre hace mal en dejarse arrastrar por la pasion antes de una madura reflexion, y su delito es tanto mayor cuanto mas grave é importante es la accion. Sabemos ya que todo movimiento orgánico, cualquiera que sea su objeto, cualquiera que sea su fin, siempre que sea precipitado, corre peligro de ser contrario al bien del organismo entero, que no vive ni se mantiene sino con el orden y la regularidad, y es tanto menos moral cuanto parte de impulsos mas bajos, y que es mas extraño á los sentimientos superiores y á la razon.

Que el hombre que esté á punto de ceder á un impulso de esta naturaleza sea al menos bastante fuerte y bastante dueño de sí mismo, si no para cambiar su resolucion, al menos para darse cuenta de las razones que le determinan á una accion desesperada, y entonces vedle colocado en el terreno del suicidio meditado. En él no tiene mas que preguntar á cada una de sus necesidades, ó á cada una de sus facultades, y todas le rogarán que viva, porque sin la vida no son nada. Que si alguna ó algunas parecen interesadas en el suicidio, suponiendo que sus razones fuesen valederas, seria por su parte un verdadero egoismo, y trataria de satisfacer un deseo, una voluntad pasajera con perjuicio de las demas sacrificadas como esclavas. El motivo mas especioso, el pretesto mas plausible que el hombre puede presentar en tal caso es que no le es posible desarrollar sus facultades. Y ¿de dónde procede esta imposibilidad? ¿Será la causa un disgusto violento? Pues entonces es el caso en que es preciso redoblar la actividad y buscar en el ejercicio fisico, intelectual y moral, una distraccion real de estas perturbaciones violentas de sus afecciones. El hombre no podria vivir un instante sobre la tierra si no tuviese deberes que cumplir hácia él y hácia sus semejantes; mas para estar convencido es preciso que se tome el trabajo de pensar seriamente en ello: es preciso en fin, que una educacion positiva le haya hecho conocer lo que es, lo que puede, y lo que debe ser. En seguida se abrirán una porcion de caminos á su actividad;

aquello que le parecia imposible á primera vista, le parecerá fácil mirándolo bajo otro aspecto; sentirá que el mecanismo admirable de sus funciones no es él quien le ha creado, y que en tanto que una causa superior á él no lo rompa, él es el solo director, el solo dueño, y que falta á su mision si le descuida, le abandona, ó le sacrifica.

El suicidio, pues, es una aberración fisiológica, es una perturbación de la armonia de las funciones, es la revolucion de una ó varias facultades contra las demas, es un mal de la misma naturaleza que la cólera ó el asesinato, es mas que una falta, es un crimen, porque es el asesinato del conjunto de nuestras facultades por algunas de ellas. Sin embargo se dirá: el suicidio de Caton y de Bruto ¿no son actos de alta moralidad? A los ojos de los fisiólogos estos son actos de grandes y deplorables errores, porque lo que disminuye ó aumenta la culpabilidad del suicidio es el motivo que le determina: cuanto mas egoista, apasionado y ciego es, tanto mas rebaja al hombre; cuanto mas generoso, inteligente y reflexivo, mas disculpa su falta; pero en todos casos el hombre que se mata falta á la noble facultad de la esperanza, y desconoce la divina armonia de la existencia humana; ó no razona ó razona mal; en todos casos, aun en los mas dignos de indulgencia, es un hombre incompleto.

Al fisiologismo solamente pertenece tratar la cuestion del suicidio con hechos y con hechos resolverla. El sofisma no tiene nada que objetar; ó á lo menos esto es lo que nos parece deducirse de cuanto acabamos de esponer.

No hemos hablado del sacrificio de sí mismo, hecho por el hombre generoso para salvar á un amigo, á su patria, á sus semejantes, porque este acto, enteramente distinto y moral, pertenece á la influencia de otras facultades de las cuales hablaremos despues.

Antes de acabar con las que nos estamos ocupando, observaremos que todas estas necesidades instintivas tienen por caracteres comunes ser muy exigentes y muy imperiosas, conmovér profundamente el organismo, y de arrojárnos en las mas violentas pasiones, de ser ciegas, y de necesitar la inteligencia para distinguir el verdadero objeto de la necesidad, apreciarlo y enseñarle el camino.